

Las mujeres de Isabel Allende

Carmen Ramos E.

Isabel Allende nos introduce, a través de *La Casa de los Espíritus* en un mundo en donde los personajes principales, aquellos que nos resultan más tangibles son justamente las mujeres. La novela puede ser leída como una larga crónica de la vida femenina a través de cuatro generaciones, de cuatro momentos diversos de la historia de América Latina. Son mujeres que tienen una urgente necesidad de ser escuchadas en el futuro. Escriben la abuela (Clara) y la nieta (Alba) para conjurar su propio espanto, pero sobre todo escriben para tener voz, para dejar una memoria de sí mismas, de "las cosas importantes" (p. 9) que conforman su mundo y su vida cotidiana.

Para ellas "lo importante" es justamente aquello que sobrevive en la memoria personal, en el registro doméstico de la vida familiar, siempre reiterada, pero a la vez, marcada por lo extraordinario y la violencia. Esta conciencia histórica en cuanto que mujeres, esta curiosidad por su tiempo y por sí mismas las lleva a comportamientos poco tradicionales, que en varias ocasiones rompen los parámetros establecidos en su medio social.

Al estar atentas a las novedades de su tiempo, al mundo externo o bien al mundo sobrenatural, rebasan el estrecho ámbito doméstico y se convierten así en actrices de su época, comprometidas con ésta, y al mismo tiempo atrapadas en las contradicciones de su momento histórico.

La bisabuela, Nivea, mujer de principios de siglo, accede al feminismo y a la prédica sufragista a pesar de que para ella, en lo personal, ésta no le signifique ninguna

modificación en su destino de reproductora (15 hijos) ni le da más derecho que el de predicar sobre las ventajas del feminismo fundada en un abrigo de pieles. Hay tanta distancia entre su auditorio y el mensaje de igualdad y reivindicaciones de que es portadora, como entre las obreras que la escuchan y sus amigas que, como ella misma, hacen de la ocasión un evento social.

Sin embargo, en la vida de Nivea, el sufragismo y su prédica resultan, a pesar de todo, un mundo propio, protegido acaso por las sonrisas burlonas con que la contemplan los demás.

En Férula, —en quien como personaje se cumple el estereotipo de tía solterona con que cuenta toda familia latinoamericana respetable—, encontramos que se refugia en la religión y la caridad porque para ella rezar incansablemente el rosario es una forma de acceder al reconocimiento y también de conjurar la pobreza y la desolación, la vida sin horizonte de los barrios bajos.

Sumergirse en ella una vez por semana es, para Férula, una forma de no olvidar esa otra realidad opuesta a la suya. De igual modo que atender a su cuñada es una forma de hacer presente al hijo o al amante que no tiene. En todo caso, es una forma de hacerse presente a sí misma, aunque para ello tenga que desaparecer.

El personaje femenino que más larga permanencia tiene en la historia latinoamericana, en sus viejas familias, es la de la mujer fuerte, sufrida y manipuladora a la vez, que es la madre del senador Trueba. Para escapar de este destino, la esposa, Clara renuncia a ser una ama de casa capaz y prefiere dedicar sus horas a llevar un detallado registro de la historia de su familia.

En los cuadernos de anotar la vida, de los que nunca se desprende consignando día a día los acontecimientos de la vida en familia, se registran los gestos de la repetición cotidiana que van constituyendo el universo propio, el mundo inviolable de la casa de la esquina. Clara prefiere desentenderse de la carga doméstica para descifrar la forma de comunicarse con los espíritus y los muertos, para ejercitar el poder de su mente, el único que nadie le puede arrebatar; pasa sus días entretenida en mover objetos y hablar con los fantasmas.

El personaje de Clara está rodeado de intemporalidad, de desprendimiento y olvido de las cosas mate-

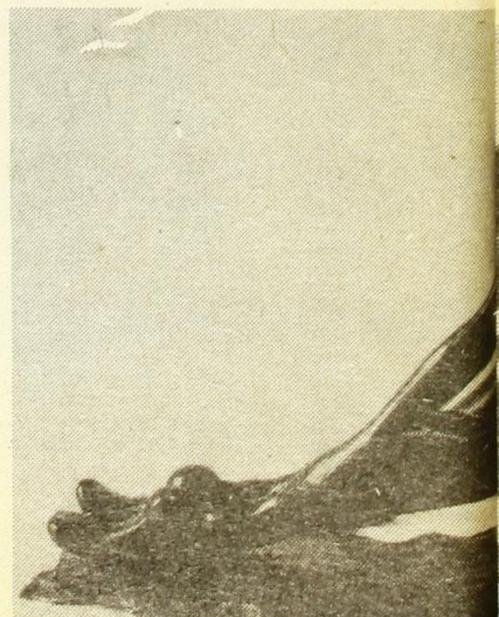
ARTE

El movimiento

Alfonso de Neuvillate

Como en el caso de los más respetables entre los seres humanos, el arte no puede depender ni de una escuela ni de un estilo. No tiene un nombre. No recarga en la moda. El arte es; o no puede ser.

Y, de todo el arte, la escultura alcanza los límites más ilimitados, las regiones más enrarecidas, el reto al equilibrio y a la definición. Nos transporta, literalmente, fuera de este mundo.



riales, pero a pesar de ello, su presencia es lo que mantiene vivo el hogar, la que le da continuidad a la vida familiar; ella riega las plantas, recibe visitas, cura a los enfermos y al ocuparse de todas estas tareas de la insignificancia defiende a su casa de la ruina y de la decadencia.

En Blanca, su hija, las contradicciones son más agudas, al acceder sin reservas a la sexualidad y al amor fuera de su clase, condena su vida a la marginalidad social, al trabajo y a la pobreza digna que se esfuerza en disimular. Blanca no tiene nunca la fuerza para oponerse a su padre y a las convenciones de su mundo, pero tiene en cambio la constancia de una espera continua

y la tenacidad para defender una libertad que se alimenta de los encuentros furtivos y de la paciencia de artesana.

En Alba, sus muchos mundos de mujer aparecen menos escindidos. En Alba el amor no es pasión dolorosa sino camaradería. Alba es profundamente contemporánea en la medida en que su mundo es el del compromiso político y la violencia. A diferencia de su madre y de su abuela, ella no se escapa, sino que vive su momento y también lo entiende y lo explica al recobrar y hacer suya la memoria de las mujeres de su casa. Acaso sea de allí, de la hermandad con otras mujeres de donde le viene la fuerza para no

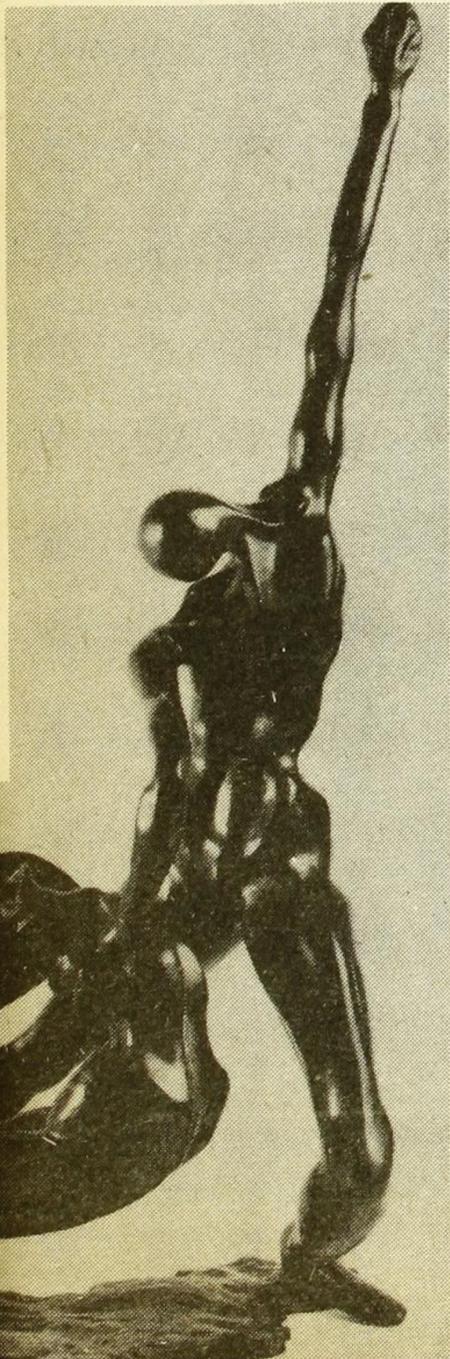
olvidar que ella también es una mujer.

En Irene, el personaje central en *De amor y de sombra*, encontramos el mismo compromiso con su tiempo, el mismo saber acceder a enfrentar y a sobrevivir por encima de la destrucción y el caos.

Irene no recoge la historia para conocer su tiempo, ella simplemente la vive y la conserva en la memoria esperando el momento oportuno para volverla a contar.

Las mujeres de las novelas de Isabel Allende son sobretodo mujeres de la Latinoamérica de hoy, que recuperan su voz y están decididas a hacerse oír; escuchemos con atención, pues es el momento en que por fin han tomado la palabra.

de Carol Miller



Si bien la escultura se fija para su eficacia en su dinámica, la escultura de Carol Miller se concibe precisamente en ese movimiento, ahora depurado en grado extremo. Sus obras vuelan, se lanzan al espacio, en contra del espacio, en contraposición con la mera noción del espacio. Se basan en el movimiento; son movimiento.

Para eso, han corrido un largo camino. La Miller, quizá la más creativa entre nuestros escultores nacionales, lleva un cuarto de siglo desarrollando un estilo propio, un lenguaje singular, un área no sólo estética sino en su conjunto de una cultura abrumadora. Sus referencias trascienden a todas las civilizaciones. Sus inquietudes se reafirman en los recónditos más espirituales. Su línea y su volumen responden, con un grito y con un murmullo, a las dudas de los seres más inteligentes a lo largo de la historia desde el alba de la evolución.

Ella no depende excepto en ella misma. Para ella nada es imposible. Todo es alcanzable, porque ella se lo propone así. Su disciplina, tenacidad, productividad y cumplimen-

to sirven de ejemplo a los hombres y a las mujeres de este y de otros países. Porque si bien su obra es mexicana ella no se confina excepto al universo de su imaginación. Jamás nadie ha forzado la escultura a los extremos abarcados en esta colección, llamada, precisamente, Movimiento.

Las obras, de una belleza que azora, confirman que el arte puede agrandar. También puede inquietar. A su vez, puede respaldar a la búsqueda humana hacia la dinámica más pura, ahora expresada en figuras que saltan y giran y se enredan en su carne, su amor por la vida, el regodeo absoluto.

Carol Miller nos ha dado una identidad en sus "dioses de bronce", una textura insólita en sus "telas de la India". Ahora nos deja estupefactos de admiración ante sus figuras en movimiento —hombres y mujeres de acción, arrestados en la plenitud del acto: la danza, la actividad atlética, el movimiento que cuestiona, el movimiento que declara, con todo el vigor de la experiencia vital.

Una vez más, Carol Miller nos deja sorprendidos. *fm*